NIETA DE REYES

I

Yo no sé si el tipo femenino será, por misterios fisiológicos, suma y trasunto de la naturaleza ambiente; pero consigno mi impresión de que en Andalucía cada provincia *da su mujer* que la condensa y personifica: así, la gaditana tiene el balanceo y movilidad de las ondas que besan sus playas; la sevillana reproduce en su mórbida plenitud los contornos de olivos y naranjos, y transpira más intenso perfume de vida, como amasada con la tierra que produce nardos y azahares; la granadina, en cambio, recuerda en su esbeltez las siluetas de los altos montes y de los árboles cimbreantes, y en la oriental poesía de su mirar distante y vago evoca la visión de todo aquel país de ensueño y de leyenda, hecho de suelo volcánico, crestas de nieve, cármenes floridos y alcázares de hadas.

Así era Angustias, la mocita más garbosa y linda de Granada, que para encarnar mejor el tipo regional tenía también su leyenda, según las gentes, y tenía su ensueño que se transparecía en toda su persona.

De su padre, Pedro Andarás, tornero de oficio, rezaba la tradición oral que descendía no

menos que del rey Abdallah (el Zagal), que después de la toma de Guadix, y perdidos todos sus estados, se retiró á su señorío de *Andarax*, nombre que en lenguas cristianas se convirtió en Andarás.

Y no sé si por lo bien que la tradición sentaba á Angustias, ó por haberse ella modelado dentro de aquel recuerdo de realeza, ello era que la llamaban la *Princesa* y que el sobrenombre le venía como anillo al dedo, porque aun tocada con el pañizuelo de seda y envuelta en el mantoncillo de espuma, parecía una princesa de leyenda cuando al cadencioso ritmo de su andar de andaluza hollaba las calles de Granada.

II

Pero la leyenda de Angustias no andaba sólo en lenguas del vulgo; teníala ella dentro, porque á no mantenerse del jugo ideal de un ensueño, no se comprendía que hembra tan seductora pasase como sonámbula por la tierra, sin fijar nunca los ojos en los mozos de toda Granada que bebían por ella los vientos, ni siquiera en Pepe el *Centellas*, gallardo picador de caballos, y el más atrevido y fogoso de sus rondadores.

Pero Pepe procedía de gentes del Albaicín, y se susurraba que era de sangre gitana con levadura morisca—ralea de panteras cruzada con raza de leones—; y á Pepe se le había puesto en el magín que Angustias había de quererle, y lo juró por *la gloria é su pare* y *por la saluíta é su mare* en la taberna y en el corro de los que más le envidiaban; ¡y malo era que *el Centellas* se emperrase en una cosa! Pero ni ruegos, ni ternezas, ni rendimientos, ni locuras, ni amenazas de Pepe, conmovían á la desamorada *Princesa*; porque la *Princesa* era insensible á cuanto venía de afuera; vivía dentro de sí misma acariciando un ensueño, esperando un ideal.

He aquí su secreto, ignorado de todos. Un día, cuando la hija de Pedro Andarás era muy niña, y su belleza como esplendor de amanecer granadino, en una cuesta del Albaicín orillada de altas chumberas, encontróse á solas con una gitana vieja á quien decían la *Zajorí*, la cual, tomándola una mano, la dijo: "Oye, gloria de Sierra Nevada, rosa de la Alhambra, sangre de reyes moros, de lo alto viene tu casta, y un *divé* me dice que no te cases, jasta que llegue el Príncipe que te ha de poné en un trono."

¿Fue misterioso atavismo de realeza? ¿Fue exaltación enfermiza de la fantasía, alucinación infantil, ó hereditario delirio de grandezas?

Lo cierto era que desde aquel día, y como si la gitana la hubiese hechizado con maléfico sortilegio, la niña inculta y apasionada vivía esperando al prometido Príncipe, y que á nadie, ni á su madre moribunda, confió su secreto.

III

La noche de un día de verano en que Pepe se pasó la siesta asido á la reja de Angustias, y llegó á llorar desesperado sobre sus hierros, con los ojos escaldados todavía por aquel llanto de fuego, con las mejillas rojas de rabia y de vergüenza, entróse en la taberna resuelto á sorber copas y copas co obstinación suicida, hasta

apurar en ellas el delirio, la locura, la muerte. Y bebió, bebió como un insensato... Pero cuando la llama del alcohol comenzó á serpear por sus venas, una furia ciega apoderóse de él, un instinto salvaje se alzó de los más innobles yacimientos étnicos de su sér, y los hombres que había en la taberna le vieron retorcerse como un epiléptico, y salir con pasos de fiera asiéndose á las paredes.

En la acera de su calle—una calle toda granadina sombreada por anchos aleros y balcones floridos,—sentada en una silla de aneas y respaldada contra la pared de su casita, estábase Angustias mirando cómo la luz de la luna resbalaba lechosa y opalina por los muros blanqueados, ó se quebraba en los cristales del balconaje arrancándoles claros rieles de chispas azules ó diamantinas. Sin duda era la hora de sus misteriosas citas con el esperado Príncipe; acaso en aquella tibia luz de ensueño veíanle los ojos de su fantasía... De improviso, una forma negra surgió de las sombras que proyectaban los aleros y saltó con salto de tigre sobre la extática visionaria; dos veces se vió brillar en el aire un relámpago de acero, dos veces se hundió en el seno virginal la navaja del *Centellas*, y Angustias cayó de golpe al suelo anegada en el raudal de toda su sangre. Mientras el matador huía despavorido, la cara de la agonizante, bañada en luna, tomó una expresión mística como si columbrara algo divino.

Tal vez, á no esperar un ideal, Angustias se hubiera contentado con un hombre; pero... ¡acaso la niña granadina era encarnación de toda una raza!

POR LA REPÚBLICA

I

UN RETAZO DE HISTORIA.

Al Conde de las Navas.

Tra-la-ra-ra-rí, tra-la-ra-ra-rií.

Hace veintisiete años, y aún me chilla dentro de los oídos aquel maldito clamoreo de las cornetas cantonales. ¿Que si presencié ó no presencié las escenas del 73 en Sevilla? Con que las refiera como si las hubiese presenciado, ¿qué más da que las viese ó que me figure haberlas visto?

Aquello, lectores carísimos, no cabe en descripciones, porque hay cosas que no reconstruye jamás la memoria, ni entran en las veinticinco letras del alfabeto, ni alcanza á pintarlas la mísera pluma, tan pobre de recursos cuando se mete por los mundos maravillosos del color, del sonido ó de las sensaciones.

¿Ustedes aciertan á explicarse lo que es todo un pueblo, toda una gran ciudad con calentura? Pues eso era Sevilla en los días de Junio y Julio de 1873.